

CELEBRACIÓN MISIONAL EN HONOR DE MARIA

NTRA. SRA. DE LA ENCINA (Final de la Misión)

Mons. Camillo Lorenzo Iglesias

Saludo con afecto y gratitud a los PP. Redentoristas, predicadores de la misión, a los párrocos y demás sacerdotes, así como a todos los que han participado en los actos misionales y a vosotros los presentes; saludo a todos los cristianos de la ciudad hayan o no participado en la misión.

Hermanos: nos hemos congregado como pueblo de Dios en la casa de María, Ntra. Sra. de La Encina, Patrona del Bierzo, para ofrecerle el testimonio de nuestra devoción en este día de la clausura de la Misión de Ponferrada. Ponemos delante de ella lo que cada uno haya vivido: las alegrías experimentadas, las esperanzas, las necesidades, los sufrimientos y también el deseo de seguir a Jesucristo por el camino de la fidelidad al Evangelio.

Hemos recordado el acontecimiento central de la vida de María escuchando el relato que S. Lucas nos ofrece en su evangelio, y que tantas veces hemos leído y escuchado. Dios envía al ángel Gabriel para que visite a María. Después de saludarla le propone que Dios la ha escogido y preparado para que su Hijo asuma en su seno la naturaleza humana y nazca como Dios hecho hombre. El diálogo fue sorprendente y el sí de María ha permitido que se cumpliera el plan de Dios, y fue realidad que “el Hijo de Dios se hizo hombre y acampó entre nosotros” (Jn 1,14)

Hermanos: el antes y el después de la vida de María estaba totalmente condicionado por este acontecimiento: El antes porque Dios la preparó haciéndola Inmaculada y el después porque ella asumió todo lo que sucedería con total entrega.

Los textos bíblicos proclamados nos presentaron a María en el momento en que el ángel la llama “llena de gracia” y también lo que sucedió después de la Ascensión de Jesús al cielo. En el tiempo entre estos dos momentos se desarrolla la vida de Jesús, durante el cual María, de cerca o de lejos, estuvo pendiente de lo que le sucedía. Y todos sabemos que no se desentendió de los apóstoles que Jesús había elegido. El libro de los Hechos nos recuerda que después de la Ascensión “todos ellos (apóstoles) se dedicaban a la oración en común...con María la Madre de Jesús” (Hch 1,14) Y también conocemos lo que sucedió en aquella sala, pues recibieron el Espíritu Santo tal como Jesús les había anunciado y por eso les había mandado que no se alejaran de Jerusalén.

Esta mañana, venidos de todas las partes de la ciudad, hemos llenado la Basílica de Ntra. Sra. de la Encina para ofrecer nuestra oración a Dios por medio de María. Y queremos hacerlo con la misma fe y confianza con la que lo hicieron los Apóstoles, porque nosotros, como ellos, nos sentimos animados por María.

A lo largo de los días de la Misión se ha anunciado el evangelio con intensidad y muchos os sentís rebosantes de gozo porque Dios os ha hecho merecedores de su gracia. A través de la voz de los misioneros ha llegado con fuerza la palabra de Dios a vuestra mente y la habéis acogido en vuestro corazón. En realidad era el Espíritu Santo el que hablaba por boca de los que han sido enviados como voceros de Dios. Era Jesús el que repetía aquellas mismas

palabras con las que Él empezó su misión después de haberse preparado con el ayuno en el desierto: “Convertíos y creed en el Evangelio”. Porque la fe va unida siempre al camino de la conversión que culmina cuando el Espíritu Santo nos conduce al sacramento de la penitencia en el que escuchamos: “Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”

Pero, hermanos, advirtamos que la fe no es solamente aceptar las verdades del Credo de la Iglesia, sino que exige, además, fiarnos de Dios. Recordemos de nuevo que María, al escuchar el anuncio del ángel se fió, confió en Dios, y entonces pronunció el SÍ más trascendental de la historia de la salvación. Por tanto proclamemos el Credo con verdad y fiémonos siempre de Dios.

Ahora delante de nosotros tenemos el camino de la vida cristiana. Vosotros habéis descubierto un poco más a Jesucristo y, mirando al futuro, tenéis que dejaros conducir por el Espíritu Santo.

Volvamos al punto de partida y recordemos que “Los Apóstoles se dedicaban a la oración en común... con María la Madre de Jesús”. Todos necesitamos dedicarnos a la oración, tanto privada como comunitaria, y la principal es la participación en la santa Misa cada domingo, como nos pide la Iglesia. Cuando lo hagamos con fidelidad el mismo Espíritu nos enviará a ser misioneros en medio de nuestros hermanos. Eso les sucedió a los Apóstoles después de Pentecostés, pues comenzaron a hablar de Jesús sin miedo. Y tuvieron fortaleza para enfrentarse a todas las dificultades y persecuciones, incluso al martirio.

Vosotros tenéis que anunciar la salvación de Jesús en vuestras familias, en los lugares de trabajo, en los colegios donde se forman vuestros hijos, en los lugares de diversión..., en todas partes. No podéis guardar el tesoro de la fe que habéis recibido. Porque, como Jesús nos enseñó, “no se enciende una luz para meterla debajo de la cama, sino en el candelero para que alumbre a todos los de su casa”. Y nosotros podemos añadir que las farolas de las calles colocan las fuentes de luz bien altas para que alumbren a todos los que transitan por las calles. Brillen así vuestras buenas obras, hermanos, porque de lo contrario la misma palabra de la enseñanza de Jesús será recibida con desprecio por los que la escuchen.

Esto supone decir que tenemos que hacer que Jesús se encarne en nosotros. S. Pablo vivía esto de tal manera que llegó a escribir: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20a). Si en cada uno de nosotros vive Cristo, nuestros pensamientos, palabras, proyectos y obras serán coherentes con la voluntad de Dios.

Llegados a este momento os invito a todos, niños, jóvenes y adultos a centrar vuestra mirada en la imagen de Ntra. Sra. la Virgen de la Encina. Contemplemos esta hermosa imagen que nos presenta a María con Jesús niño en sus brazos. Todos conocemos que los niños al estar en brazos de sus madres casi siempre las están mirando. Sin embargo, en esta imagen Jesús mira para nosotros y parece que María también lo está ofreciendo. Pero esto no es una ficción sino que Jesús desea que lo acojamos y lo hagamos nuestro, lo que equivale a decir que Él desea que vivamos nuestra vida según el Evangelio.

Hermanos, cuántos cristianos de Ponferrada habrán confiado a nuestra Sra. La Virgen de la Encina sus necesidades y las de sus hijos, y cuántos habrán salido de la Basílica reforzados y animados a comprometerse a una vida de fe y a trabajar para comunicarla. ¿Por qué no podemos ser nosotros de los que llevamos en el corazón a Cristo y, además de vivir con fidelidad según el Evangelio, tomar parte en la evangelización?

Y, para terminar, presentamos a María a los misioneros y a los sacerdotes de Ponferrada, para que los mantenga en la entrega generosa y esperanzada en el anuncio de Jesucristo.

Presentemos también a María nuestra plegaria para que la Misión en los pueblos del arciprestazgo de Ponferrada y más adelante en Bembibre, encuentre ambiente propicio y corazones abiertos a la acogida.

María, Virgen de la Encina, bendice, protege e estimula con tu presencia la fe de los niños, de los jóvenes y de todos los fieles de la diócesis de Astorga y ayúdalos para que den el fruto de las buenas obras. María, bendice de forma singular a todo el Bierzo que te venera como Patrona y te honra con su plegaria.

María haz que los jóvenes descubran la belleza de la vocación consagrada y sacerdotal, ayuda a los que descubran la llamada, para que la sigan con fidelidad en servicio de los hombres de nuestro tiempo.